

Damián Fernández Pedemonte

*De fantasmas a personas:
otra vuelta de tuerca para el
tratamiento del sujeto en el
discurso político en televisión¹*

Universidad Austral

¹ El autor quiere agradecer los valiosos comentarios sobre este artículo recibidos de Ernesto Alonso, Marcela Farré y Carlos Rafael Luis.

En la famosa novela de Henry James *Otra vuelta de tuerca*, lo que parece una historia de fantasmas termina siendo un tratado de epistemología: no sabemos si la institutriz protagonista es realmente acosada por los espectros o más bien miente, sufre alucinaciones, o proyecta en las apariciones sus propios deseos. La literatura, como ha dicho el semiólogo Paolo Fabbri, es una parte de la comunicación pero también una parodia ilimitada de ella.

Algo similar sucede con el análisis del discurso televisivo: no sabemos si las imágenes de los protagonistas de los programas son una estrategia textual o si son representaciones de personas y, en este último caso, si para comprender el mensaje es o no necesario conocer datos de esas personas a las que las imágenes remiten.

Una cuestión epistemológica es la que aquí se introduce: ¿alcanza con considerar a los actores de los programas televisivos como meros fantasmas, es decir como imágenes textuales taxativamente separadas de los sujetos sociales que representan, tal como hacen la mayor parte de los autores que se dedican a la semiótica audiovisual, (como veremos) para comprender los sentidos que la televisión nos transmite concretamente en materia política?

El objetivo de este trabajo es discutir desde un punto de vista teórico y metodológico la posibilidad de comprensión del discurso político que tienen esos enfoques inmanentistas de la televisión, que se detienen en la consideración de los enunciadores como simulacros en las pantallas -ya sea que esos enfoques provengan de la semiótica ortodoxa o del postestructuralismo- y ofrecer una hipótesis alternativa.

Para eso, en la primera parte, se reconstruirá la versión canónica de la consideración que del sujeto hace el *modelo enunciacional* y se le plantearán objeciones teóricas. Con ese nombre se va a entender aquí la aplicación que la

semiótica ha hecho de la teoría de la enunciación lingüística en el análisis de los medios de comunicación de masas. Como es sabido, la teoría de la enunciación se ocupa del discurso en términos del sujeto. Aquí se considerarán dos niveles de este sujeto en el discurso de la televisión: el enunciador y los actores, para aplicarlos al fenómeno de los programas de opinión política. El género discursivo aquí considerado es definido, en su concurrencia con otros programas televisivos, por la lógica de la programación de la televisión (esto permite diferenciarlo de otros programas, como noticieros, telenovelas, entretenimientos). Algunas de sus características formales son: la presencia de un conductor reconocido, el predominio de la entrevista - como género específico de anclaje en la materia significante² -, el tratamiento de cuestiones públicas, la presencia predominante de políticos y de otros actores sociales que hablan de política y que son convocados por ser personajes públicos conocidos. Las distintas formas de aparición de las entrevistas políticas en la televisión son estudiadas por Velázquez (1992). Citando a Cohen en *The Interview: Attributes, Formats and Codes* caracteriza a los programas que aquí se estudian como aquellos en los que la entrevista tiene una función informativa, ocupa una porción significativa del programa, incluye a varios entrevistados de distinto tipo -por caso, en este artículo se ejemplifica a partir no sólo del discurso de políticos sino también de periodistas-, con una duración media del intercambio lingüístico con cada uno, en un lenguaje moderadamente formal. (Velázquez, 1992)

En la segunda parte de este trabajo, se tratará de demostrar la incapacidad metodológica que tienen estos planteos para comprender, en algunos casos, el trasfondo del debate político. Para esto se tomarán ejemplos de un estudio de los implícitos discursivos en los programas de opinión política en la televisión, realizado junto con un grupo de seis ayudantes de investigación de una carrera de comunicación. Esa investigación comprendió el análisis de dos emisiones de cada uno de los seis programas de opinión política que se transmitían en la televisión abierta argentina en el primer semestre del año 1996. Incluyó también una experiencia de recepción y discusión cuya validez interna, de ninguna manera generalizable, radicó en la posibilidad de corroborar la hipótesis surgida del análisis textual: esto es, que sin conocer datos históricos del enunciador empírico no se comprende la discusión ideológica de fondo.

2. La distinción entre géneros como productos y géneros como forma lingüística (géneros -P y géneros -L) se encuentra en Verón, Eliseo. 1988. "Presse écrite et théorie des discours sociaux: production, réception, régulation. En Charaudeau, P (comp.) *La presse. Produit, production, réception* Paris, Didier.

La relación entre ese estudio y la argumentación del presente artículo se da en el hecho de que justamente son los implícitos de los programas en directo, registro característico de la televisión abierta, los que "perforan" el texto, enviando al contexto, concretamente, a la historia del sujeto social.

Sólo se tomarán tres ejemplos textuales, transcritos fragmentariamente o resumidos, que sirven para ilustrar la tesis, prescindiendo de otras dimensiones de análisis del discurso televisivo que fueron objeto de estudio en la investigación pero que aquí distraen del objetivo del artículo. Es por eso que este trabajo alterna planteos filosóficos, subyacentes a la discusión metodológica, con ejemplos concretos para objetar que ciertos abordajes contribuyan a entender la política cuando la consideran un simulacro, fundado por el discurso hoy dominante de la televisión, que no puede romper el cerco de la imagen.

1. Cuestiones teóricas: fantasmas

1.1. En dos textos fundamentales de su producción teórica, Bettetini, uno de los semiólogos de medios audiovisuales más importantes del mundo, señala el riesgo de desrealización ontológica que suele acompañar a ciertos análisis del discurso audiovisual, tanto del lado de la semiótica estructuralista como del lado de los estudios posmodernos sobre medios de comunicación y de los cruces entre ambas posiciones.

Por un lado, en "El giro pragmático en las semióticas de la representación" Bettetini (1991) se refiere a las contradicciones que hace entrar en juego en el concepto de "representación" el pasaje desde una perspectiva centrada en el signo, como puede ser la de la semiótica de Eco, hacia una perspectiva volcada en el discurso.

La noción de discurso aparece atravesada por la contradicción entre representación y valor. Como representación el discurso está poblado de signos plenos, que están en lugar de otra cosa (digamos, por ejemplo, la imagen de Bernardo Neustadt del programa televisivo de opinión política "Tiempo Nuevo" -uno de los programas analizados en el estudio antes mencionado- en lugar del sujeto social) y que llegan, incluso, a sustituir al objeto (el Neustadt que nos cruzamos por la calle sólo «se parece» al que vemos en la televisión). Lo originario del signo es aquí la presencia. Considerados como valor, en cambio, los elementos del discurso están delimitados por otros valores en una cadena indefinida

(digamos que Neustadt, si es algo, es lo que no son otros conductores de programas de opinión política como lo eran en 1996 Mariano Grondona, Marcelo Longobardi, Daniel Haddad o Jorge Lanata). Lo originario es aquí la diferencia.

La remisión indefinida de los signos, la "semiosis ilimitada" que, siguiendo a Pierce postulaba Eco en su primera producción semiótica (1963; 1974), puede llegar hasta esta constatación irrealista de Derrida con la que concordarían muchos pensadores posmodernos: "lo que inaugura el movimiento de la significación es lo que hace imposible la interrupción. La cosa misma es un signo" (Derrida, 1971, 64). Lo originario termina siendo, pues, la ausencia. Detrás del discurso no hay ninguna realidad.

Esta zona de cruce entre semióticas inmanentistas y postestructuralismo es uno de los paradigmas dominantes, basta ver la cantidad de estudios de análisis semiótico del discurso³ de los medios inspirados en las tesis de Foucault. No me refiero a trabajos que tomen operativamente categorías del método arqueológico de este autor, como las de "formación discursiva" o "enunciado", sino que parten de los mismos presupuestos teóricos de abolición de las unidades semióticas de análisis, en particular la unidad "sujeto"⁴ que es la que nos interesa aquí. La constatación que se pretende desarrollar en este artículo entra de alguna manera en polémica con ese clima dominante.

1.2. Bettetini (1991, 158) polemiza así con los supuestos filosóficos de la postura inmanentista:

Los lenguajes, en virtud de su autonomía efectiva, de su específica capacidad para la producción de sentido, remiten sobre todo a relaciones, pero no renuncian al ámbito de las propiedades, ni tampoco al de las cosas, al menos intencionalmente. El problema del sentido (...) no nos parece resoluble sólo en virtud de un reenvío indefinido a universos mentales coherentes con el significante y, al mismo tiempo, contingentes. La remisión a la 'cultura' se constata continuamente, pero se deben tener

3. Así propone llamarle Abril, Gabriel. "Análisis semiótico del discurso" en Delgado, J. M. & Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis, 1995.

4. Ejemplos recientes de este tipo de trabajos, en nuestro ámbito, se pueden encontrar en ponencias presentadas al 1er Congreso Latinoamericano de Análisis Crítico del Discurso, 13 al 15 de noviembre de 1996, organizado por la Sociedad Argentina de Lingüística ó en *Resúmenes de comunicaciones. 2º Coloquio Latinoamericano de Analistas del Discurso*, Centro de estudios de investigaciones lingüísticas, UNLP; Instituto de Lingüística UBA; ALED, 1997.

en cuenta la evidencia y las leyes de lo real, so pena de caer en la incomunicabilidad y en un completo escepticismo, cotidianamente desmentido por los hechos y por las relaciones entre los hombres.

La semiología puede (y debe) metodológicamente prescindir del problema del sentido, indagando sobre los sistemas de significación específicos de un texto o de una práctica discursiva, sobre los proyectos y sobre las determinaciones comunicativas que les son immanentes, pero no debe nunca olvidarse de esta opción que la constituye, aunque sea de forma negativa, transformando una elección de objeto y de método en una teoría del conocimiento, en un principio filosófico.

Esta cita viene a decir que el problema del sentido relaciona las prácticas discursivas con un afuera del texto.

El otro lugar en el que ya Bettetini había acertado a definir el peligro desrealizador de algunas prácticas de análisis, herederas de la lingüística, es su obra *La conversación audiovisual* donde se refiere exhaustivamente a la cuestión del sujeto en los medios audiovisuales.

“La erosión que la ontología del sujeto ha sufrido en la historia del pensamiento filosófico moderno y contemporáneo es, por lo menos en parte, imputable a las vicisitudes sufridas por el mismo ‘sujeto’ en el campo de la investigación lingüística y, más específicamente, en aquella zona de mediación producida por las distintas filosofías del lenguaje”. (1984, 27)

El destino trágico del sujeto en la lingüística contemporánea, que reconstruyo por mi cuenta y riesgo, parte de la separación entre la lengua, producto social, y el habla que Saussure concreta en el *Curso de lingüística general*. El sujeto hablante no es objeto de la lingüística: Como respuesta, la teoría de la enunciación a partir de Benveniste reinserta el discurso –el enunciado y sus circunstancias de enunciación, enunciador incluido– en la lengua. Pero el sujeto que recupera es un sujeto abstracto, una entidad dependiente del aquí y ahora al que refieren los deícticos del mismo lenguaje. Más complejo es el sujeto propuesto por Ducrot, en la medida en que cuestiona el supuesto de unicidad del sujeto (el hecho de que un enunciado hace oír una sola voz), postulando el carácter polifónico de los enunciados. Además del locutor al que remiten las marcas del yo, los enunciados convocan enunciadores no presentes pero responsables del sentido. De todas formas, el sujeto presente o ausente que se reconstruye a partir de sus trazos en el enunciado es siempre una entidad “suspendida” en un contexto ideal, no un enunciador individualizado (Benveniste,

1982; Ducrot, 1984; Kerbrat-Orecchioni, 1986). La pragmática, en cambio, se interesa por un sujeto individual; ya que apela a su intención o a las reglas que tiene internalizadas y que despliega para que el habla, como tipo de comportamiento, se pueda realizar. Apela también a las circunstancias reales de producción sin cuyo concurso no se realizan los actos de habla (Austin, 1962; Searle, 1994).

La semiótica de medios de comunicación asume el modelo enunciacional. Éste agrega al modelo textual previo las imágenes del emisor, del destinatario y un simulacro del intercambio comunicativo. En relación con lo cual el modelo enunciacional se apoya en tres postulados:

- i. El enunciador empírico, que está fuera del texto y lo produce, proyecta dentro del texto su imagen y la del destinatario.
- ii. El destinatario busca en el texto su imagen y la que la comunicación le dirige.
- iii. Las imágenes textuales están profundamente separadas de las empíricas (Manetti, 1995).

La proyección de este modelo en los análisis de textos audiovisuales se da en autores como Santos Zunzunegui, por ejemplo, quien propone renunciar a la expresión "sujeto de la enunciación" ya "que parece investida de una importante dimensión antropomórfica" para hablar, en cambio, de "máquina enunciativa" (1992, 209). Otro tanto sucede con González Requena para quien el análisis televisivo se ocupa sólo del sujeto de la enunciación: "la figura discursiva que, independientemente de cualquier eventualidad psicológica o biográfica, puede ser deducida del discurso entendido como un gran enunciado" (1992, 43).

Más completa es la versión del modelo enunciacional propuesta por Verón, quien se ha ocupado tanto del discurso político como del discurso de los medios y de la relación entre ellos. En los textos de análisis del discurso político investigó la dimensión ideológica que, a diferencia de la ideología -contenido de un enunciado- es la marca que dejan en el texto las condiciones de producción, es decir, las circunstancias de enunciación. Éstas se pueden rastrear a través de las entidades y sus relaciones. Dentro de las entidades Verón considera al enunciador como un conjunto de huellas textuales (por ejemplo, apelaciones como los colectivos de identificación o de designación de entidades más amplias, o formas nominales que sirven para sintetizar una doctrina o filtrar un supuesto) que permiten inferir la imagen que quien destina el mensaje transmite de sí y de su destinatario. Las relaciones hacen referencia a la distancia que el enunciador

toma respecto de su discurso o respecto de su destinatario (por ejemplo los componentes descriptivos, didácticos, prescriptivos, programáticos, modalidades propias de los discursos de campaña). (Verón, 1985; Verón & Sigal, 1986).

La televisión siempre fue caracterizada por Verón como un sistema de contacto, que pertenece al orden de lo que Peirce llama índice, tipo de signo que guarda con lo que representa, no una relación arbitraria (como el símbolo), ni de analogía (como el ícono) sino de contigüidad física. La incorporación del comentario que realiza sobre las notas el periodista del noticiero, el espacio interno del estudio que ahora se le deja ver al televidente, son algunos de los elementos de la enunciación que modifican el enunciado (aquello que las noticias muestran). La figura del periodista es clave en la comunicación política televisiva porque es el intermediario que hace creíble el discurso del político (Verón, 1986). Este argumento es central en "Interfaces. Sobre la democracia audiovisual evolucionada" donde el autor analiza el debate político en la televisión.

Verón considera al modelo enunciacional más pertinente para el estudio de los medios de comunicación «en producción» (el locutor en la televisión, por ejemplo, no sería un sujeto hablante porque su individuación es una individuación institucional) y a la pragmática más adecuada para los estudios «en reconocimiento», en los que se procura ir a recabar datos de un sujeto individualizado⁵. Sin embargo, en el texto antes mencionado, aplica en su estudio en producción un marco más amplio. Efectivamente, al tratar la cuestión de la política en el espacio mediático según el ejemplo de los debates entre Francois Mitterrand y Valery Giscard d'Estaing en Francia (1974 y 1981), si bien se concentra en la presencia del periodista en la estructura del intercambio, el autor necesita acudir a ciertos datos históricos -que no se pueden reconstruir a partir de los textos que analiza- para demostrar la importancia de la progresiva autonomización de la información televisiva en la mediatización de lo político. Algo similar sugiero en este artículo.

1.3. La noción de sujeto se encuentra en el cruce entre la lógica y la ontología, pero la teoría lingüística de la enunciación, primero, y el modelo semiótico enunciacional, después, terminan reduciéndola a un simulacro. Bettetini se opone a los supuestos filosóficos que subyacen a esta opción metodológica pero parece terminar asumiendo esa misma opción. A la inversa, Verón parece concordar teóricamente con la idea semiótica del sujeto como simulacro para

5. Verón, Eliseo. "Sujeto y discurso", clase en el Instituto de Lingüística, mayo de 1997.

los estudios "en producción" pero es más amplio desde el punto de vista metodológico. Por nuestra parte queremos poner en cuestión la opción teórica y metodológica inmanentista en sus diversas variantes, ya que ésta obtura la relación de los textos con las condiciones reales de producción -de la que no se puede excluir la realidad de los productores de los mensajes- para proponer un modo de acercamiento que asuma el concepto pragmático de sujeto, aún en los estudios en producción, lo que se augura, al menos para algunos casos, más comprensivo tanto de la política como del modo de comportarse de la televisión con el público (así como del público con la televisión), habiendo dejado incoado, de paso, un debate más profundo acerca de qué bases filosóficas resultan más coherentes con la comprensión que se busca.

En la lectura "en producción" es imprescindible pasar por la consideración inmanente. Cada texto construye dos simulacros internos: el del sujeto enunciador, que es quien organiza la producción de sentido del texto y dirige las correspondientes recepciones, y el sujeto enunciatario, imagen del receptor que el texto propone. Ambos son incorpóreos, se deducen de los significantes que aparecen en la pantalla televisiva. El enunciador es productor y producto del texto y, a la vez, es un modelo construido por el destinatario; el enunciatario es producto del texto y del enunciador: es el consumidor previsto por el texto, no el real guarecido en su sillón, sino aquel cuyo comportamiento, en cierta medida, está incluido en el guión del programa. El texto, efectivamente, prevé la reacción del receptor y la representa simbólicamente en su interior. En los programas analizados en la investigación a la que se aludió al comienzo del artículo Haddad contestaba retóricamente preguntas que suponía que el público se hacía, Lanata expresaba las preguntas interpelando coloquialmente a un interlocutor ficticio. (Antes de que se hablara de *zapping*, el actor cómico Olmedo ya gritaba en su programa de televisión: "no toca botón", enunciado que sólo podía ser consumido si efectivamente lograba anticiparse al cambio de canal por parte del telespectador). En ese nivel de análisis del enunciador, entendido como saber organizado, se pueden captar formas de argumentar, incluyendo mensajes no formulados, y formas de anclar sentido para proponer lecturas prevalentes.

Pero se puede ir más lejos: alguien, digamos, una persona, desarrolla una estrategia de acercamiento del espectador y la fragua en el texto, alguien, una persona, puebla el texto de elementos para guiar al espectador. El texto es un proyecto de conversación que se pone en escena simbólicamente. Pero sucede

que lo característico de la televisión para el público en general es la toma en directo, en donde, si bien hay montaje (las cámaras seleccionan e interpretan⁶), también existe la posibilidad de lo imprevisto. No sólo se da la oposición que el espectador real puede hacerle a la función que el texto le asigna, fenómeno demasiado frecuente como para ser relegado a un mero caso de "decodificación aberrante". También el transmisor empírico, incluido por Bettetini como origen, principio activo, pero dejado fuera de su análisis textual, puede ser sorprendido por lo imprevisto. En el análisis inmanente primero llega el texto y después el enunciador y el enunciatario. En algunos casos es la persona quien se asoma por el texto a través de lo imprevisto. Lo que quiero afirmar es que hay ocasiones en las que no se puede entender la política en los medios sólo como conversación de fantasmas semióticos, salvo con el riesgo de terminar creyendonos, y comportándonos (apáticamente) en consecuencia, que la política es una simulación de los medios, del mismo modo que nos podemos llegar a comportar con las víctimas de la guerra del Golfo como si ésta realmente no hubiera tenido lugar⁷. "La sociología ha hipersocializado la sociedad y la semiótica ha hipercodificado el lenguaje", dice Paolo Fabbri. Quizás, como diría Wittgenstein, los teóricos "nos pasamos de rosca" y la oscuridad que predicamos del discurso de los medios con un lenguaje oscuro nos puede llevar a promover actitudes oscurantistas

1. 4. Además de enunciador y enunciatario, que son condiciones del texto, aparecen en la pantalla actores. Tampoco esos actores son personas, son imágenes. En el caso concreto de la entrevista política televisiva se suele insistir en que los que intervienen son actores sociales institucionales, reconocibles por su rol, posición del individuo dentro del grupo, y por su status, aspecto institucionalizado del comportamiento. Se suele establecer una relación entre los actantes como categorías narrativas, los personajes de ese relato de imágenes que vemos en la televisión, y las tipificaciones de las acciones de los actores dentro del sistema social, caracterización estática, que congela la pluridimensionalidad de la persona en una sola de sus máscaras. Por ejemplo, ese es el diagrama utilizado por

6. Uno de los primeros ejemplos de análisis del montaje de la toma en directo se puede ver en Eco, Umberto. "El caso y la trama", en *Obra abierta* (1962), Barcelona, Ariel, 1990.

7. En referencia a la obra de Baudrillard, Jean. *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Anagrama, Barcelona, 1992.

Teresa Velázquez en *Los políticos y la televisión* (Velázquez, 1992): pasaje de las imágenes a las máscaras. Esta autora lleva la cuestión del sujeto más lejos que el modelo enunciacional. Propone extender el modelo de la conversación simbólica a los sujetos empíricos, aunque se refiere en particular al productor (a la televisión como actor institucionalizado). Sin embargo, en su análisis de las entrevistas televisivas sólo aplica el modelo pragmático, a la relación del entrevistador con el entrevistado y de éstos con la audiencia. Y, aunque reconoce la necesidad de apelar a un marco para procesar la información que los actores suministran, no va específicamente en procura de los antecedentes históricos del sujeto empírico para comprender sus mensajes.

Voy a detenerme ahora en qué pasa con los políticos cuando son actores de mensajes televisivos, como en los programas de opinión política de donde se extrajeron los ejemplos.

Se insiste en la depauperación del discurso político por culpa de la televisión⁸, dada en la imposibilidad de la gramática televisiva de retener las argumentaciones que ya ceden en favor de eslóganes huecos. Sostiene al respecto Verón (1992, 18):

El empobrecimiento (a menudo denunciado) del discurso político no se debe a lo audiovisual. El ingreso de lo político en la era audiovisual ha significado, por lo contrario, un enriquecimiento de la discursividad política, mediante la incorporación de nuevos registros de sentido (en especial, el de lo indicial), y mediante la complejización de las estrategias que de ella resultan. Este empobrecimiento sólo es ineluctable cuando la forma publicidad se vuelve la forma dominante de la comunicación política. Ahora bien, la publicidad que es un tipo de discurso con sus reglas específicas, no es, nunca fue, la discursividad estructurante de lo audiovisual para el público en general: éste es una cuestión de contacto y su "figura ontológica" fundamentalmente es lo directo: lo contrario, en cierto modo de la publicidad.

Mucho más que con el discurso publicitario, el discurso político en la televisión se cruza con el discurso informativo. La política se hace pública en los medios. En los noticieros y, más aún, en los programas de opinión política

8. Ver, por ejemplo, Postman, Neil. *Divertirse hasta morir. El discurso público en la era del show business*, Barcelona, Ediciones de la Tempestad, 1991.

en la que los políticos no hablan si no es a través del periodista. El contacto de la mirada, que es lo propio del discurso televisivo, queda en poder del informador.

En este sentido, en la televisión sucede lo contrario que en el cine. La mirada a la cámara sólo se da en las comedias o en los documentales, en los demás casos rompe la suspensión de la incredulidad que garantiza la fuerza del relato filmico. En la televisión, en cambio, en términos de Verón, más que hablar a la cámara se mira a los ojos. Sólo se mira a la máquina para fingir que no viéndola se alcanza la comunicación con el espectador. "Allí donde el cine multiplica las estrategias enunciativas con el fin de mantener en secreto su puesta en escena, la televisión no vacila en mostrar su trabajo de mediación: el hacer discursivo" (Zunzunegui, 1992, 214).

El traslado de las convenciones de lectura del cine a la televisión acarrea malentendidos, también referidos al estatuto del sujeto, que sólo se pueden salvar cambiando la orientación de análisis hacia un enfoque pragmático -que en el caso del discurso político es importante para entender el verdadero contenido del debate-, el cual dé cuenta de lo que el discurso hace y de lo que se hace con el discurso mucho más que de las propiedades intrínsecas del lenguaje. La cuestión del carácter de simulacros de los sujetos de la televisión tiene interés en un análisis del lenguaje pero puede ser insuficiente si se pretende comprender la comunicación política. Como afirma Bettetini: "si el sujeto de la enunciación es un simulacro para la ciencia semiótica, otras disciplinas se encuentran, por el contrario, dispuestas a afrontar un sujeto concreto, vinculado al acto de la enunciación, cuya presencia incide, siquiera sea parcialmente, sobre la misma producción del simulacro instalado en el texto" (Bettetini, 1984, 28).

Probablemente no se comprenda el discurso político en la televisión sin la apelación a este sujeto concreto, o al menos a la continuidad del sujeto que habla en la televisión con el sujeto de otros discursos que se dan fuera de aparato. Probablemente, entonces, lo que estoy intentando sugerir pertenezca todavía al ámbito del análisis del discurso, pero no se puede encuadrar dentro de lo que Bettetini entiende por la ciencia semiótica. En este sentido abogo por un pluralismo metodológico en el análisis del discurso que supere las aspiraciones de la ciencia semiótica. El análisis del discurso es una metodología para la interpretación de textos, no un metalenguaje científico (Abril, 1995), que hoy ya abrevia no sólo en la lingüística o en la semiótica, sino también en la etnometodología o en las ciencias cognitivas, por ejemplo, para adecuarse a las condiciones específicas de producción, circulación y reconocimiento de cada género, de acuerdo con el objetivo concreto que se persigue en cada investigación.

La sinceridad posible del discurso político de la televisión está vinculada con la toma directa. Lo directo, que es lo propio de la televisión y que paradójicamente se deja ver sobre todo en los mensajes implícitos. En el momento cuando las palabras de los políticos transgreden los registros o los turnos asignados por el conductor, justamente cuando los actores políticos salen de sus roles, es cuando se ve la necesidad de recuperar más datos del contexto y de la historia para entender el debate en juego, para que aparezca lo político en la televisión con todo su espesor. De allí la insuficiencia para comprender en algunos casos el discurso político de los enfoques que, como el de Bettetini tan válido para otros contextos, se limitan a estudiar los mensajes desde el punto de vista de la estructuración del sentido en la puesta en escena o, como el de Velázquez, a analizar a los participantes de los programas como meros personajes.

2. Algunos ejemplos: personas

2.1. A continuación mostraré con tres ejemplos la importancia de referirse al sujeto empírico para comprender el verdadero contenido del mensaje en los programas de opinión política. Los ejemplos, como ya dije, están tomados de una investigación realizada con un grupo de seis ayudantes de una carrera de comunicación. Esta investigación tenía por propósito estudiar los implícitos en los programas de opinión política de la televisión abierta argentina del año 1996 para ver bajo qué condiciones se optaba por suministrar información sin expresarla. La hipótesis general de la investigación, directamente relacionada con el propósito de este artículo teórico, era que las formulaciones de los políticos en la televisión pueden ser ordenadas en una escala que va de lo explícito a lo implícito de manera que a medida que se progresa en ese espectro se necesitan más y más datos del contexto para comprender lo que realmente se dice. Nos interesaba poder determinar de alguna manera el límite de lo directamente expresable.

En el año 1996 había en el aire seis programas de este género, de los que analizamos dos emisiones. Bernardo Neustadt redujo la duración de la emisión de *Tiempo nuevo* de dos a una hora e incorporó mayores recursos audiovisuales, como la inserción de clips con montajes de imágenes de archivo. Una mayor distancia, ahora también estilística, lo separó ese año de *Hora clave* de Mariano Grondona, que optó por mantener las dos horas y su puesta en escena clásica

de entrevistas y tribunás, mesas redondas en las que alternan voces disímiles y mesas rectangulares en las que se ubican enfrentados los grupos proporcionales de adversarios. Daniel Haddad comenzó *El primero de la semana*, también de una hora de duración, poniendo en juego una mayor artillería de procedimientos retóricos audiovisuales tales como entrevistas compaginadas con frases subrayadas, o investigaciones enlatadas con un elaborado trabajo de cámaras y sonido. Su ex-compañero Marcelo Longobardi inauguró *Punto límite*, de una hora, ascético en artificios, pobre en producción y conducción. Jorge Lanata se incorporó con *Día D*, de dos horas, cuyas innovaciones tanto en la estructura del programa como en la escenografía, los planos de las cámaras, la vestimenta o el lenguaje, no impiden que se identifique este programa dentro del formato programa de opinión política que ese año ocupó un lugar relevante en la programación.

Una vez definido el corpus de análisis, repasamos la literatura clásica sobre implícitos discursivos: los actos de habla indirectos en Searle, las implicaturas conversacionales en Grice, los supuestos y sobreentendidos en Ducrot. (Searle, 1975; Grice, 1975; Ducrot, 1984). La noción pragmática de implícito descansa sobre la distinción entre lo que se dice y lo que se implica (pero no vincula) al decir lo que se dice. En este sentido se diferencia de las nociones semántica de implicación material y de implicación estricta o vinculación. La primera ($p \rightarrow q$) indica que no debe haber forzosamente ninguna conexión de significado entre el antecedente y el consecuente: cuando el antecedente es verdadero y el consecuente falso, la implicación es falsa; en todos los demás casos la implicación es verdadera. La segunda ($p = > q$) indica que si p vincula a q , no es lógicamente posible que p y no q sean verdaderas al mismo tiempo y viceversa. No nos interesaba esta noción semántica de implicación porque no estábamos tratando de averiguar el valor veritativo de ninguna aseveración sino qué condiciones contextuales deben satisfacerse para que al emitirse p se entienda q ($p = / = q$) en vez de, o además de p . (Lyons, 1977). Esto es importante porque en los ejemplos que vienen a continuación no me interesa la verdad o falsedad de los enunciados sino mostrar la necesidad de recabar datos del sujeto empírico para comprender lo que realmente se quiso decir.

Luego confeccionamos una matriz de análisis combinando categorías deducidas de las lecturas de estos textos con los procedimientos para organizar el desarrollo temático en términos de superestructuras y macroestructuras propuesto por van Dijk (Van Dijk, 1973).

La matriz se elaboró a partir de la definición de descriptores que permitieran medir la frecuencia de repetición de una determinada propiedad, por ejemplo un descriptor que permitiera agrupar a todas las implicaturas inferidas a partir de una contestación irrelevante en una conversación en la televisión, correlacionadas con el contexto en el que esto se producía. De lo que se trata es de crear un sistema para recoger las diferencias siguiendo el impulso semiótico de pasar de las variables a las constantes, de hallar la lógica subyacente a distintas actuaciones. El plano así elaborado prevé la lectura del texto en sí a partir de su formalización semiótica intrínseca, con el objeto de captar los signos como presencias y la comparación del texto con otros textos, para captar el valor del signo en la diferencia.

Más tarde se procedió a una repetición de lecturas consumo para encontrar claves. La hipótesis específica consistía en que muchas veces lo más sincero del discurso político se transmite de manera implícita. En un último paso del estudio exploramos la utilidad de integrar los datos obtenidos en la matriz de análisis con un estudio de recepción circunscripto, basado en el pensamiento en voz alta de los ayudantes como espectadores de acuerdo con la metodología del grupo focalizado, es decir el debate de unos con otros siguiendo la dinámica del discurso social cotidiano (Siniscalco, 1992; Lindlof, 1995). Ellos, sin saberlo eran mi objeto de análisis. Mientras pensaban que yo estaba procurando observar qué tipo de síntesis memorial realiza un telespectador competente de un debate en el que personas con mayor o menor autoridad en un tema expresan distintos puntos de vista, mejor o peor fundamentados, yo en cambio estaba preocupado por verificar "en reconocimiento" una hipótesis elaborada en el análisis de los textos y que es el origen de este artículo: para comprender el debate hace falta trascender la consideración de los enunciadores como simulacros y vincularla con datos de la historia de las personas a las que remiten esas estrategias discursivas.

Los debates en directo de los programas de opinión política resultan un espacio especialmente elocuente. La multiplicación de los enunciadores en una articulación compleja permiten el empleo, como herramienta de análisis, de la bibliografía lingüística referida (González Requena, 1992). Los implícitos significan para el lector una violación a la previsión de los recorridos de lectura que organiza el enunciador, significan para él, muchas veces, también el descubrimiento en el actor de otros aspectos que no se condicen con el rol. Los roles con los que se pretende estudiar a las personas que aparecen en la televisión resultan posiciones rígidas, carentes de historia, tanto más cuanto están

hiperinstitucionalizados por su continua presencia en los programas de opinión política, como es el caso del diputado justicialista Jorge Yoma, voz oficial en los debates, o del periodista Horacio Verbitsky, referente de autoridad en investigaciones periodística adversas al gobierno.

2.2. Primer ejemplo

Está extraído de un debate en *Hora Clave* del 25 de abril sobre la "re-reelección"; así se denominó a la preocupación oficial por habilitar al entonces presidente de la Nación, Carlos Menem, para presentarse a una nueva elección contra lo que indica la letra y el espíritu de la Constitución recientemente reformada, para permitirle acceder a un nuevo período de gobierno. Se verificó cómo toda la argumentación del senador Jorge Yoma desmintiendo la existencia de una campaña del gobierno para promover la re-reelección del presidente se basaba en el presupuesto de que no era más que una ola de rumores provocada por un artículo publicado por Joaquín Morales Solá en el diario *La Nación* el domingo precedente al día de la emisión del programa. Horacio Verbitsky refutó este presupuesto esgrimiendo varios ejemplos de proselitismo pro re-reelección, como declaraciones de empresarios allegados al menemismo y apariciones de pancartas en Madrid y en Bariloche con motivo de viajes del presidente, que permitían conjeturar la existencia de una campaña a partir de acciones de miembros del gobierno. A continuación desarrolló una argumentación, prolijamente estructurada, sobre la existencia en la Argentina de una democracia formal en donde los mecanismos de control del poder omnímodo del presidente estaban erosionados; estructura argumentativa dentro de la cual emplazó el caso de la campaña a favor de la re-reelección.

Yoma partía de un presupuesto, es decir, una información sumamente discutible presentada como una evidencia incuestionable, propuesta como objeto de complicidad entre el hablante y los oyentes, lo que en términos de Ducrot constituye un hecho del enunciado. Corresponde al componente lingüístico, al que se le puede asignar significación sin contar con datos del contexto y se puede desmontar a partir del sentido literal de las palabras del hablante (Ducrot, 1972).

Yo me estaba acordando, haciendo un poco de repaso, de cómo nace este tema de la re-reelección por un artículo que publica Joaquín Morales

Solá el domingo pasado en *La Nación* donde dice que Menem busca la reelección y hace todo un análisis, como analista político que es, de cuáles serían las vías que el partido gobernante, nuestro partido, seguiría para reformar la Constitución (*la cámara muestra a Verbitsky tomando notas en un papel*). El día martes no encontrábamos a ningún opositor para poder hablar de los temas que teníamos en el Senado, la reforma de los impuestos internos y la eventual interpelación a Cavallo. Todos estaban en estado de alerta y movilización por un artículo periodístico publicado en *La Nación*. Yo lo que creo es que tenemos que basarnos realmente en cuáles son los datos de la realidad y no seguir alimentando algo que sale de los temores electorales de la oposición y de la incapacidad de la oposición de generar hechos políticos propios (*la cámara muestra el rostro serio del diputado "Chacho" Álvarez*).

Lo más cuestionable está incorporado al enunciado como un supuesto que de no admitirse haría desvanecer toda la informatividad del texto. Si, por caso, se transformara la frase "todos (los opositores) estaban en estado de alerta y movilización por un artículo publicado en *La Nación*" a su forma negativa o interrogativa, el supuesto de que el artículo del diario fue lo que produjo la conmoción de los políticos quedaría inmune. Con la actividad de los legisladores oficiales se pretende demostrar la falta de conciencia de ellos de la existencia de una campaña. Este supuesto de existencia, el legislador oficial lo presupone -presuponer es un acto de habla (Ducrot, 1984)- como algo proveniente de los "temores electorales" y de la "incapacidad" de la oposición.

El periodista Horacio Verbitsky constestó:

"Yo lo siento por Joaquín Morales Solá, pero no fue él".

Esta afirmación pone en cuestión el supuesto sobre el que se apoya toda la argumentación del enunciado anterior a la vez que supone irónicamente -porque la condolencia con el periodista no es real- que obvia la falsedad del punto de partida de su interlocutor. La argumentación continúa con una conseción:

“El único elemento que reconocen (los menemistas) como constitutivo de la democracia es el voto, que es el fuerte que el Gobierno realmente tiene pero que no es el único elemento constitutivo de la democracia”.

Luego de explicar con detalle que tanto en la Argentina como en Estados Unidos, cuando se organizaron los gobiernos representativos republicanos, se le dio mucho poder al presidente pero con dos tipos de controles: el temporal (no podía ser reelegido) y el de las otras instituciones, además del control del pueblo a través del voto, continuó:

En la Argentina hoy nosotros no tenemos el control cronológico porque la reforma constitucional ha permitido la reelección del presidente en ejercicio, lo cual significó una ruptura grave de las reglas del juego, del contrato político y ahora están intentando una nueva reforma. Pero, además, la primera reforma se hizo con el pretexto de que le damos la posibilidad de seguir más allá pero lo controlamos y le restringimos el poder. Ha sido un engaño, porque con mayoría en las dos cámaras del Congreso y una Corte Suprema de Justicia hecha a imagen y semejanza de la única voluntad que cuenta en la Argentina, con juristas de la talla de Julio Amadeo Nazareno, del estudio Nazareno-Menem de La Rioja, como presidente de la Corte Suprema de Justicia. Con todo un aparato judicial manejado a todo lo largo y lo ancho del país por esa única voluntad y la capacidad de legislar que la reforma constitucional le dio al Ejecutivo que hasta entonces no tenía. (...) Con el Consejo de la Magistratura que por el proyecto que ya está en tratamiento va a responder a esa única voluntad que cuenta en el país. Con los decretos de necesidad y urgencia contra los cuales no se ha creado todavía la comisión constitucional... La cáscara es perfecta, pero adentro no hay más que la voluntad de un hombre. Se ha hecho un vaciamiento institucional que es una invitación a las peores desviaciones.

Después de escuchar la argumentación de Verbitsky, del sentido literal de las palabras un oyente avisado podía deducir el sobreentendido de que la cuestión de la re-reelección era nada más que un ejemplo de la inherente corrupción de nuestro actual sistema democrático, pero esto sólo se conseguía derivar a partir del conocimiento del modo de argumentación de Verbitsky, vinculado con su posición ideológica, que se da en otros discursos,

particularmente en sus columnas en el diario *Página 12* y sus libros, y que se comprenden mejor en la medida en que se conoce la evolución del pensamiento del periodista. Los restos de la persona que alcanzan la imagen del actor de la pantalla guardan una continuidad con una figura que se desenvuelve en otros ámbitos y que recorre la historia.

Un sobreentendido (Ducrot, 1972, 1984) pertenece al componente retórico, no lingüístico del discurso, no responde al sentido literal ni guarda una relación evidente con la construcción sintáctica, surge de una reflexión del oyente como respuesta a la pregunta ¿por qué dijo el locutor lo que dijo? Porque todo caso de corrupción es para el periodista un ejemplo de una corrupción en el sistema. Es un razonamiento que corre por mi cuenta y al que llego dado que conozco la extracción ideológica del periodista y su manera de argumentar. Así, la exhaustividad en los datos, su efecto acumulativo, la reconstrucción histórica y la búsqueda de continuidades ideológicas en ella, el uso de la ironía, la concesión como recurso argumentativo, la retorsión (la cita del adversario en defensa de las tesis propias) son algunos de los recursos que, guiados por una mirada totalizante, conspirativista, buscan encontrar en cada caso estudiado indicios, claves de la corrupción del sistema, tal como se desprende del análisis de las columnas de opinión política de Horacio Verbitsky en *Página 12*.

Una lectura interna, que se detuviera en el enunciador como un simulacro sin historia, puede no entender, en este caso, el discurso político cuya inserción en la televisión no es lo que lo define ni lo excluye de otros ámbitos de enunciación, sino que es algo que lo complica más.

La insistencia en la idea de la imagen como fundadora de lo político en nuestro tiempo tanto como la preocupación por el empobrecimiento que implica su epifanía televisiva, pueden contribuir a promover lo que denuncian⁹. Digamos, la simplificación del análisis, aún envuelto en la retórica semiótica (que en el decir de Mac Luhan recupera la modalidad críptica del medievalismo) puede fomentar el reduccionismo del discurso político.

2.3. Segundo ejemplo

En otra emisión del mismo programa *Hora Clave* observamos un debate sobre la pertinencia de una medida del Gobernador de la provincia de Buenos

9. Balandier, Georges. *EL poder en escenas. De la representación del poder al poder de la representación*. Paidós, Buenos Aires, 1994.

Aires, Eduardo Duhalde, que ordenaba cerrar las discotecas a la tres de la mañana; en ese debate se expresaron todo tipo de opiniones:

. La de aquellos que estaban *a favor* de la medida por razones, llamémosle, "conservadoras", es decir redundantes desde el punto de vista ideológico, esto es, conformes con el sistema de expectativas dominante: porque veían detrás de la nocturnidad un peligro;

. la de aquellos que se manifestaban *en contra* de la medida por las razones opuestas, "progresistas", es decir informativas desde el punto de vista ideológico, es decir divergentes con el sistema de valores dominantes: en defensa de la libertad;

. la de los que se mostraban *a favor* de la medida por razones que también se podrían denominar "progresistas", porque llamaban la atención sobre los peligros políticos de una juventud trivializada;

. la de los que expresaban su posición *en contra* de la medida por razones que también se podrían llamar "conservadoras", porque aducían que esta medida le quitaba autoridad a la familia.

Este ejemplo está tomado también de la investigación sobre los implícitos porque suponíamos que los mensajes implícitos tendrían algún papel a la hora de concretar la propia coherencia comprensiva en la síntesis memorial. Ésta se produce fácilmente cuando el televidente es capaz de emplazar lo que escucha y ve en un modelo situacional familiar. De acuerdo con la teoría de la congruencia de los medios de comunicación, los marcos de referencia de los juicios de los receptores tienden a una máxima simplificación. Dado que los juicios taxativos son más fáciles de formular que los refinados, las valoraciones tienden a moverse hacia los extremos; hay una continua presión hacia la polarización. Agrupar es menos complicado que discriminar las diferencias. En el paradigma de la congruencia una persona (P) recibe una afirmación de una fuente (F), respecto de la cual tiene una actitud formada, acerca de un tema (T), respecto del cual tiene también una actitud formada. Se produce un fenómeno de incongruencia cuando las actitudes hacia la fuente y el tema son favorables y la afirmación de la fuente sobre el tema es negativa o bien cuando las actitudes hacia la fuente y el tema son desfavorables y la afirmación es positiva (Severin & Tankard, 1992). La incongruencia, que dificulta la síntesis memorial, supone que el receptor vincula lo que el enunciador afirma con la actitud que ya tiene con relación a él. Así, en el ejemplo, los argumentos *en contra* de la medida, podían resultar incongruentes para un analista-receptor que se opusiera a la medida, por provenir de una fuente hacia la cual éste tenía una actitud desfavorable. O, para decirlo

en términos ideológicos, si la medida era considerada “conservadora” por un analista-receptor “progresista”, a éste le resultaba incongruente que la atacara un enunciador considerado “conservador”, porque lo que se esperaba de él era que la defendiese; tal el caso del publicitario Horacio Diez, quien participó en ese programa. La incongruencia se resolvía al detectar, en el nivel implícito de información, que los argumentos esgrimidos para oponerse a la norma considerada conservadora eran también conservadores. Pero, y es lo importante para este artículo, no habría ninguna fase de incongruencia que resolver a través de implícitos, de considerarse sólo el discurso desvinculado de la actitud previamente formada hacia la persona que está detrás del enunciador. El motivo por el que hubo que acudir al análisis de los implícitos denunció la presencia de actitudes ya formadas sobre las personas que aparecían en el programa y que incidían en el análisis.

2. 4. Tercer ejemplo

Con esos presupuestos consumimos conjuntamente un debate sobre la violencia desarrollado también en el programa *Hora Clave* en el que participaron el periodista Vicente Massot, el intendente de Escobar, Luis Patti, el periodista Pepe Eliashev, el sacerdote José Nicolás Romero, el Dr. Eduardo Feinmann, columnista del programa de radio de Daniel Haddad, y el Dr. Eugenio Zaffaroni, consultor de las Naciones Unidas sobre temas de seguridad.

En una primera vuelta el debate se planteó o bien en un nivel filosófico: el vacío espiritual, la carencia de ejemplos; o bien en un plano muy concreto: la propuesta de empezar reestructurando la policía, o la responsabilización de los jueces que abusan de la excarcelación. Pero en una segunda ronda de intervenciones, ya rota la alternancia sincrónica de turnos, Eliashev manifestó su disgusto por la manera en que se estaba planteando el asunto: cargando las tintas contra las instituciones democráticas y olvidando casos como el indulto que, para los panelistas, según él afirmó irónicamente: “no habría deteriorado la justicia”.

De acuerdo con la lectura de Eliashev, en el discurso de quienes lo acompañaban en la mesa aparecían como culpables los legisladores y se olvidaba el horror de Estado que vivió el país. Massot, que había partido de la distinción de esta nueva violencia callejera con la violencia ideológica de los años setenta, se mostró a su vez disgustado por la violación de Eliashev a un tácito acuerdo

de que en ese programa se hablaría de una violencia circunscripta y no de la violencia política que para él era un caso cerrado:

“Sobre el que Elíashev tiene una opinión y yo otra”.

El periodista aludido insistió sobre la discrepancia fundamental que en la primera parte del debate había sido eludida y afirmó que la violencia no se puede compartimentar, y recordó el holocausto, agregando:

“Sobre el que usted tiene ideas tan particulares” (refiriéndose a Massot).

“No sea tan susceptible” (expresó Massot).

“Tengo cinco mil años de susceptibilidad” (contestó Elíashev)

Frases y gestos sueltos permitieron ver alianzas preexistentes. Por ejemplo, Massot ilustró la lieuidad de los jueces que excarcelan a verdaderos asesinos, que había sido el argumento fuerte de Feinmann, con la lectura de un recorte de diario que, según se ve, traía preparado; Elíashev, por su lado, dijo que la noche anterior el Dr. Zaffaroni le había enseñado unos datos sobre la conflictividad social, cuando en el programa daba la impresión de que recién se conocían.

Pero el debate principal se articuló sobre la base de los implícitos. La información implícita de frases como las transcriptas sólo se puede actualizar a partir del conocimiento de las posturas ideológicas de los sujetos reales involucrados en el debate, en ese plano subyacente se cruzaron acusaciones de antisemitismo y complicidad con la represión ilegal (de Elíashev hacia Massot) e izquierdismo y complicidad con la impunidad actual (de Massot a Elíashev). La intención de las aseveraciones se comprendía a la luz de la posición que cada uno de estos enunciadores habían tenido en los años setenta¹⁰.

Lo más interesante es que de los receptores que participaron de este experimento circunscripto de recepción (los seis de 20 años de edad

10. Algunos datos históricos de la posición política de Elíashev durante la década de 1970 se pueden encontrar en Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973*, Buenos Aires, Norma, 1997. En relación con la postura de Massot y sus ideas sobre el Holocausto, puede ser ilustrativa la lectura de la entrevista que le hiciera Ernesto Tenenbaum para el diario Página 12: “A veces torturar está bien”, 9 de enero de 1994.

aproximadamente) sólo comprendieron el verdadero debate político, relacionado con la toma de posición en los años setenta y su correlato en la actualidad, prolijamente soslayado cuando los enunciadores se limitaron a decir el discurso previsto por su rol, aquellos que conocían la historia de las personas vinculadas con las imágenes, los restantes se limitaron a apoyar uno u otro diagnóstico de la violencia o propuestas para paliarla en relación con la fuerza interna de las distintas argumentaciones.

3. Entre fantasmas y personas: algunas conclusiones

A través de los implícitos se puede empezar a ver como, en el caso del discurso político, los enunciadores se fundan en personas que sostienen una confrontación que precede a la representación, no solo cronológicamente sino ontológicamente, y con cuyo conocimiento el debate puede adquirir otra dimensión.

Los análisis internos producen un conocimiento indudable. Pero, en relación con el discurso político, en el medio televisión, cuyo registro directo característico permite la irrupción de lo imprevisto, muchos implícitos discursivos sólo se comprenden yendo a completar la información fuera del texto. Así, el sobreentendido del periodista Verbitsky, enunciador-actor de un programa televisivo, en el primer ejemplo, resulta de un razonamiento en el que se pone en relación el enunciado con otros enunciados y también con actitudes del sujeto social. Las incongruencias del segundo ejemplo, resueltas a través del análisis de los implícitos, resultan de la confrontación entre lo que el enunciador sostiene y lo que se espera que sostenga a partir del conocimiento que tenemos del sujeto social. Las acusaciones cruzadas entre los enunciadores actores, los periodistas Eliashev y Massot, en el tercer ejemplo, se entienden, también, recuperando en la historia las actitudes de los sujetos sociales.

El análisis del discurso de textos televisivos puede necesitar de datos del sujeto empírico que origina los mensajes que aparecen en la pantalla, como los que busca la pragmática en los estudios de recepción, para completar la información organizada en las estrategias textuales y de esa manera comprender el sentido del debate.

Considero que la aplicación de la perspectiva individualizada que la pragmática realiza del sujeto -toda vez que considera al lenguaje como un tipo

de comportamiento intencional y que para comprender el significado hay que captar esa intención singular- al caso de los sujetos empíricos que se corresponden con los actores de los programas televisivos políticos es un abordaje distinto del que predomina en el análisis del discurso político en la televisión, tal como queda reseñado en este artículo.

Bibliografía

- Abril, Gabriel. (1995). "Análisis semiótico del discurso" en Delgado, J. M & Gutiérrez, J. *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Madrid, Síntesis.
- Austin, J. (1962) *Como hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós, 1982.
- Balaudier. (1994). *El poder en escena. De la representación del poder al poder de la presentación*, Barcelona, Paidós.
- Benveniste, Emile. (1966) *Problemas de lingüística general*, México, Siglo XXI, 1982
- Bettetini, Gianfranco. (1991). "El giro pragmático en las semióticas de la representación", en VVAA. *La crisis de la literariedad*, Madrid, Taurus.
- Bettetini, Gianfranco. (1986). *La conversación audiovisual*, Madrid, Cátedra.
- Derrida, Jacques. (1971). *De la gramatología*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Ducrot, Oswald. (1972) *Decir y no decir. Principios de semántica lingüística*, Barcelona, Anagrama, 1982.
- Ducrot, Oswald. (1984). *El decir y lo dicho*, Buenos Aires, Hachette.
- Eco, Umberto. (1968). *La estructura ausente*, Barcelona, Lumen, 1972.
- Eco, Umberto . (1974). *Tratado de semiótica general*, Barcelona, Lumen, 1977.
- Fabbri, Paolo. (1995). *Tácticas de los signos*, Barcelona, Gedisa.
- González Requena, Jesús. (1992). *El discurso televisivo: espectáculo de la posmodernidad*, Madrid, Cátedra.
- Grice, H. P. (1975). "Logic and conversation" en Cole, P & Morgan, J. (eds.) *Syntax and Semantics II*, New York, Academic Press.

- Kerbrat-Orecchioni, Catherine. (1986). *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires, Hachette.
- Lindlof, Thomas. (1995). *Qualitative Communication Research Methods*, SAGE, Londres.
- Lyons, John (1977). *Semántica*, Barcelona, Teide, 1985.
- Manetti, G. (1995). "Los modelos comunicativos y la relación texto lector en la semiótica interpretativa" en Grandi, Roberto. *Texto y contexto en los medios de comunicación*, Barcelona, Bosch.
- Searle, J. (1975). «Indirect speech acts» en Cole, P. & Morgan, J. (eds.). *Syntax and Semantics III, Speech Acts*, New York, Academic Press.
- Searle, J. (1994). *Actos de habla*, Madrid, Cátedra.
- Severin, Werner & Tankard, James. (1992). *Communication Theories: Origins, Methods, And Uses in The Mass Media*, Longman, New York.
- Sigal, S & Verón, E. (1986) "Prólogo" a *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, Legasa.
- Siniscalco, Maria Teresa. (1992) "La comprensione della tv come text processing: Prospettive metodologiche" en *IKON. Ricerche sulla comunicazione*, n. 25.
- Van Dijk, Teun. (1978) *La ciencia del texto*. Paidós, Buenos Aires, 1989.
- Velázquez, Teresa. (1992) *Los políticos y la televisión. Aportaciones de la teoría del discurso al diálogo televisivo*, Ariel, Barcelona.
- Verón, Eliseo. (1985). "La palabra adversativa" en *El discurso político*, Buenos Aires, Hachette.
- Verón, Eliseo. (1986) "La mediatización" recogido en *Semiosis de lo ideológico y del poder. La mediatización*, Buenos Aires, CBC, 1997.

Damián Fernández Pedemonte

Verón, Eliseo. (1992) "Interfaces, sobre la democracia audiovisual avanzada" en VVAA. *El nuevo espacio público*, Barcelona, Gedisa.

Zunzunegui, Santos. (1992). *Pensar la imagen*, Madrid, Cátedra/Universidad del País Vasco.